

Claridad

AÑO V

SANTIAGO, OCTUBRE DE 1924

NUM. 126

ARTE - CIENCIA - CRITICA

"CLARIDAD" FRENTE AL MOVIMIENTO MILITAR

Un mes largo va corrido desde el día que fué derribado el gobierno civil del Presidente Alessandri e instaurado en el país el gobierno militar.

En este lapso de tiempo se han dado a conocer manifiestos y declaraciones de los diversos elementos que siempre han participado en las actividades de la vida colectiva y son exponentes de una fuerza digna de ser considerada.

Algunos intelectuales, cortesanos, y fallos de visión para abarcar en una mirada de conjunto la trascendencia del problema, han aplaudido el movimiento militar, y en escritos dirigidos a la opinión pública extranjera han dicho que se trata de una cruzada de salvación nacional que va a efectuar una obra de saneamiento político y depuración administrativa.

Los estudiantes universitarios se han pronunciado francamente en su contra, porque estiman que significa un regreso a los períodos más incipientes de la cultura y de la civilización.

Los sindicatos obreros han asumido una actitud de espera, frente al acontecimiento, en vista de que, toda labor que pudieran por el momento realizar, iría en beneficio directo de los caídos de quienes se encuentran completamente desvinculados.

En esta situación, los partidos políticos aventados del poder, desprestigiados y fallos de apoyo y cooperación en el resto de las fuerzas civiles han permanecido en un prudente y discreto silencio, estando sí a la expectativa de cualquier fracaso o torpeza de los militares para asumir nuevamente la dirección de los negocios públicos.

Como se vé, no hay todavía en ninguna parte uniformidad de criterio para apreciar debidamente este asunto.

Nosotros, ajenos como somos a toda concomitancia con los representantes del poder público—cualesquiera que sea su naturaleza—vamos también a exponer el juicio que tenemos sobre el movimiento militar que tanto ha dividido y perturbado los espíritus.

El Gobierno Militar puede ser analizado con dos criterios: el criterio del ciudadano—expresión superior del ser domesticado—que cree en la virtud del sufragio electoral, en la eficacia de la acción parlamentaria, y en otras panaceas de tinte legalitario, y el criterio del hombre liberado de toda clase de preocupaciones estatales, que siente menoscabada su libertad viviendo bajo cualquier forma de gobierno que encauce y limite la expansión integral de su individualidad.

Es indudable que el primero, cultor gregario y metódico de los derechos cívicos que le permiten designar cómodamente sus amos, hará distingos constitucionales entre el gobierno militar y el gobierno civil. Dirá que el uno es emanación de la fuerza y el otro encarnación del derecho, olvidando que ninguno de los dos gozaría un minuto del poder si no tuviera a su alcance el gendarme para hacer cumplir las disposiciones arbitrarias de la ley.

En cambio, el segundo, que nunca ha participado en la generación de ningún gobierno, y que por ahora lo acepta como se acepta un mal del que se está imposibilitado para librarse, verá que en esto no hay nada más que un sucederse de actores que representan el eterno papel de esclavizar al hombre en bien del interés público.

En efecto ¿qué más dá para la verdadera libertad del hombre que el que oprima vista la americana del civil o la chaqueta del militar?

¿Qué más nos puede preocupar vernos obligados a rendir acatamiento a un gobierno en lugar de otro gobierno, cuando es

siempre la misma imposición la que tenemos que tolerar?

Para nosotros, no está reducido el problema a determinar en qué gobierno existe mayor o menor tiranía, sino a establecer que todo gobierno, sea el que fuere, civil, obrero o militar, es tiránico y opresor por la esencia misma de su constitución y por el hecho sólo de ser gobierno.

A este respecto suscribimos por entero el pensamiento de Proudhon: "Todo aquel que ponga la mano sobre mí, para gobernarne, es un tirano y yo lo declaro mi enemigo".

Lo delicado y grave del hecho no está en conocer quien o quienes pueden mandar, sino en saber que alguien, por disponer transitoriamente de la fuerza se arroga la facultad de tiranizar a sus semejantes.

Jamás ningún gobierno ha garantido o respetado otros derechos y otras libertades, que aquellas que el pueblo ha sabido buenamente defender y conquistar.

En Rusia, donde impera el llamado gobierno del proletariado, o mejor dicho, el del partido comunista, la libertad es un mito como lo era en la época de los zares.

Y es que la libertad, como la justicia, no es algo que pueda ser reglamentado por leyes o regido por decretos; ello es inmensamente superior a todo derecho escrito y a toda legislación positiva, ya que reside en la inviolabilidad de la persona humana.

Y esto no hay gobierno que lo reconozca, porque en ese mismo instante se modificaría substancialmente la actual organización de la sociedad y dejaría de haber opresores y oprímidos, en una palabra, desaparecería la razón que explica la existencia de todo gobierno.

Sentados estos prolegómenos, no incurriremos, pues, en la debilidad de decir que el gobierno militar ha dado un golpe de muerte a ciertas instituciones revestidas con el barniz impúdico de la democracia: nó.

El Parlamento y el Municipio disueltos, cuerpos colegiados de origen representativo fraudulento, no cuentan con nuestro fervor porque son partes integrantes de esa ficción política que es el Estado, cuyo único y principal objetivo es mantener el privilegio y la injusticia reinantes.

No se nos hable, en consecuencia, de estar al lado de aquellos que reclaman la vuelta a la normalidad, o sea el retorno de los organismos tradicionales que, para nosotros, son los mejores y más firmes sostenedores del capitalismo que nunca hemos dejado de combatir.

¿Aplauden, entonces, el gobierno militar, nos preguntará más de algún impaciente?

Error de los errores. No aplaudimos nada. Dejamos este innoble y mezquino proceder para los personeros de las "fuerzas irreducibles del espíritu" y otros mercenarios que, con su aduana y servil actitud, han perdido el respeto y la consideración de los hombres libres.

Hemos querido sólo exponer hechos, deslindar los campos y salvar nuestros principios.

Veamos, sin embargo, lo que nos ofrece la realidad, más fuerte y dura que todas las ideas y que todos los principios.

En el fondo del movimiento militar que se ha desarrollado en esta tierra sin la oposición de ninguno de los grupos políticos que dicen reflejar la expresión de la voluntad popular, no vemos tanto un atentado

contra los postulados republicanos, cuanto una campaña enderezada en bien del Capitalismo y del robustecimiento del Estado.

Es casualmente la característica de la reacción que en todas partes se opera contra el espíritu inquieto y liberal del pueblo.

Amagado día a día el capitalismo por la ola creciente de las reivindicaciones obreras, debilitado por el batallar continuado de la crítica libertaria, se vé fatalmente obligado, —cuando los políticos, por rivalidades y ambiciones personales se descuidan de su misión— a solicitar el concurso de las fuerzas armadas para seguir sin temor en el disfrute de sus prerrogativas y poderío.

Esto y no otra cosa es lo que acaba de ocurrir en Chile.

Se trata de detener oportunamente la amenaza proletaria; se quiere hacer desaparecer por tiempo indefinido toda expectativa de renovación espiritual.

Se persigue concluir con las pocas libertades que el pueblo, en lucha porfiada contra el conservantismo y la oligarquía, había logrado alcanzar, y que el último gobierno civil— de buen o mal agrado— no fué a veces capaz de vulnerar porque respondían a un anhelo y avance progresista impuesto y sostenido por la conciencia proletaria.

Por eso se han suspendido, las reuniones públicas y tomado otras medidas de seguridad, que poco a poco han ido convirtiendo a la nación en un cuartel inmenso y sombrío.

Si el movimiento estaba encaminado, como se ha dicho, a poner en orden la administración pública ¿por qué esa restricción a la libertad, fenómeno exclusiva y puramente espiritual?

¿Qué tiene que ver el pueblo con el mayor o menor aumento de burócratas que empobrecen las arcas fiscales, para que se adopten determinaciones en menoscabo de sus libertades?

Si era este un movimiento de "creación y no de reacción" ¿por qué se han barrado bruscamente los compromisos de la civilidad, establecidos para diferenciar a la horda del país organizado?

¿Por qué se han aplicado medidas de coerción sin proceso previo y sin antecedentes justificados?

Estos hechos involucran un franco y evidente retroceso que todos los seres dignos no han vacilado en condenar.

Nó; no nos ofusquemos.

No es este un movimiento que vaya a corregir los abusos del parlamentarismo o a extirpar la corrupción de los partidos, sino que está encaminado a adormecer el nuevo concepto social que se gestaba en las multitudes, y era un peligro para la estabilidad de las instituciones sacrosantas.

¿Nos quedaremos por eso tranquilos, nos cruzaremos de brazos?

¿Qué podremos hacer para liberarnos, y no volver tampoco a caer en los moldes anticuados de nuestra política criolla?

Creemos que por ahora todos los esfuerzos de los hombres que piensan, y que no se conforman con parcelas de justicia ni con retazos de libertad, deben concurrir a desarrollar—lejos de la órbita de los partidos—el máximo de acción para coordinar el sentir de los que no tienen ligaduras con el pasado ni compromisos con el presente, a fin de crear la fuerza moral necesaria capaz de imponer una fórmula de convivencia humana basada en el acuerdo espontáneo y libre de las voluntades.

Para una obra así estaremos siempre dispuestos.

Eugenio González R.—Juan Gandulfo.—Carlos Caro.—Manuel Rojas.—Pablo Neruda.—Sergio Atria.—Julio E. Valiente.—Tomás Lago.

Precio: 40 centavos

Defensa de la Libertad

Párrafos del alegato hecho ante la Corte de Apelaciones de Santiago por el señor Carlos Vicuña

Como una contribución a la defensa de la libertad, de la libertad en "sí", que quisiéramos decir, independiente, por tanto, de la concepción republicana a que se hace referencia, publicamos párrafos del sereno e interesante alegato hecho por el señor Carlos Vicuña en los Tribunales de Justicia, a propósito de una citación irregular impartida en su contra.

Está demás que digamos que el recurso de amparo interpuesto fué desechado por unanimidad.

Con la venia del señor Presidente voy a formular las razones que abonan el recurso de amparo que tengo interpuesto, en virtud de las cuales debe él ser acogido por V. S. I.

Este recurso, conocido con el nombre de **habeas corpus** (tengas tú tu cuerpo, tengas tú tu libertad) arranca su origen de una antigüedad remotísima y su reconocimiento por las autoridades judiciales es de la esencia misma de la vida republicana.

Propiamente el **habeas corpus** no es un derecho: es una garantía de la libertad concedida por los poderes establecidos como fundamento de la asociación civil republicana.

Sin la libertad la vida individual es una amargura y la vida social una tiranía infame.

El régimen republicano se distingue de todo otro régimen porque en él hay **responsabilidad y libertad**.

Y esta responsabilidad no es solamente la responsabilidad de los ciudadanos, que pecamos o contratamos y respondemos ante los tribunales de nuestros pecados y de nuestros contratos, sino la responsabilidad de las autoridades mismas por sus actos y trasgresiones.

Y la libertad no es solamente la libertad de adular y de aplaudir servilmente los actos o programas de las autoridades, sino la libertad completa de opinión, de circulación, de reunión, de asociación, de enseñanza, sin que acto alguno de los poderes políticos pueda perturbar el desarrollo normal y espontáneo de estos fenómenos sociales.

Cuando no hay responsabilidad la República no existe, aún cuando floresca la libertad y tampoco existe la República cuando se suprime la libertad, aunque se conserve la forma de las instituciones republicanas.

Por eso esta amada República de Chile no era una verdadera República desde hace muchos años porque en ella no hay responsabilidad y falta desde antaño la libertad.

Nuestra República de Chile era hasta la conspiración militar última, una República agonizante, gangrenada por falta de responsabilidad y asfixiada por falta de libertad.

La responsabilidad se acabó del todo con el triunfo de la revolución de 1891, que entronizó sin contrapeso el parlamentarismo irresponsable, la soberanía caprichosa de los diputados, que imponían su voluntad anárquica, en la legislación, en la administración, en la justicia y hasta en la enseñanza. Su irresponsabilidad fué produciendo paulatinamente la irresponsabilidad de todos los funcionarios y magistrados, y así pudo verse que mientras se constataba por doquiera el atropello y el abuso, nunca se hizo responsable a ningún presidente, a ningún ministro, a ningún consejero de estado, a ningún senador o diputado, a ningún tribunal, y sus abusos, sumados y acrecentados, quedaban ineficazmente impunes.

De esta irresponsabilidad se siguió naturalmente la corrupción profunda de los servicios públicos todos, que puede fácilmente palparse en la legislación, en la administración pública y hasta en la administración de justicia.

Esta irresponsabilidad, esta corrupción, trajeron como necesaria consecuencia la supresión de la libertad, ya que la corrupción hace a los hombres abandonar todos los principios y primero el de la libertad de los ciudadanos.

La supresión de la libertad es cosa antigua y se ha hecho en Chile con la complicidad de todos, incluso de los Tribunales.

Ya en 1907, en tiempos del gobierno de don Pedro Montt, se atropelló violentamente, en Iquique, la libertad de los trabajadores. Estos podían en conformidad a los principios trabajar o no trabajar, retornar a las salitreras o quedarse en Iquique. Sin embargo la autoridad militar les intimó que debían volver a las salitreras a trabajar como esclavos, en condiciones que repugnaban a su conciencia de hombres libres, y como se negaron fueron ametrallados sin piedad y centenares cayeron así al abismo insondable de la muerte por haber pretendido disponer libremente de sus vidas.

Y lo que es más grave, este crimen, no sólo contra la libertad sino contra la humanidad, no sólo quedó impune, no sólo no hubo responsabilidad para sus autores, sino que fué alabado y premiado como un acto meritorio.

Después, en 1920, bajo el gobierno de Sanfuentes, las inauditas persecuciones por ideas recrudescieron bajo formas dolorosas y siniestras, que más vale la pena no recordar en este instante.

Y ayer no más, en 1921, bajo el gobierno del actual Presidente Constitucional de la República, Excmo. señor don Arturo Alessandri, el hombre modesto que está actualmente ante V. S. I., sufrió en carne propia la infame persecución por ideas, y para conservar intactas la integridad de su conciencia y la dignidad de su palabra, hubo de ser ignominiosamente despedido de sus cátedras en el Instituto Nacional y en el Instituto Pedagógico. Arrojado así a la miseria, para subvenir entonces a las necesidades de su mujer y de sus hijos, hubo de entregarse a un trabajo abrumador y recurrir al préstamo y a las dádivas de sus parientes y amigos.

Y este atropello a la libertad, cometido por ministros cuyos nombres prefiero olvidar piadosamente, no sólo no encontró sanción alguna, sino que fué aprobado y celebrado por miembros de mi propio partido.

Sin responsabilidad, sin libertad, puedo decir que la República no sólo estaba agonizante, sino que era ya difunta cuando estalló la conspiración militar.

Los militares dijeron que venían a curar los males de la República; en realidad cuando ellos llegaron sus servicios de cirugía no eran ya necesarios, porque la República estaba muerta.

Y más vale así que llegasen a constatar la muerte de la República que a hacerle una operación quirúrgica, porque para esto último son radicalmente incompetentes.

Para hacer cirugía se necesita por lo menos saber anatomía y conocer las dolencias que es preciso sanar y los medios de curarlas. Sin esta preparación, la cirugía se convierte en un **charqueo** sangriento: se cortan los nervios importantes, se seccionan las arterias que irrigan la región, se destruyen los músculos y los tendones, y el enfermo, en vez de curar, sucumbe a consecuencia de la operación.

Y no es sin duda el momento mismo de la operación el más propicio para aprender los elementos de las ciencias auxiliares necesarias, ni puede intentarse una operación quirúrgica por medio del sable, que es un instrumento demasiado grosero para un trabajo tan grave y delicado.

La vida social es demasiado compleja para que pueda ser arreglada por la fuerza ciega e inconsciente.

No está el problema tan sólo en ahorrar unos cuantos pesos al Erario Nacional, sino que es necesario conocer y respetar los sentimientos sagrados que son la base de la existencia colectiva. Y precisamente de esto son incapaces los militares porque su propia profesión los inhabilita para ello. El hábito de mandar sin réplica desarrolla en ellos un orgullo desmedido, que desconoce el respeto debido a la dignidad humana y por eso sus procedimientos son siempre crueles y vejatorios, faltos de elevación, de formas, de elegancia, de civilidad, como lo prueba demasiado la deportación violenta de que ha sido víctima anoche don Daniel Schweitzer: arrastrado a viva fuerza a la Comandancia de Armas, llevado de allí violentamente a la Sección de Seguridad y de allí a la estación Mapocho para ser embarcado con rumbo desconocido, no se le permitió siquiera ver a su padre anciano, abrazar a su madre, despedirse de sus hermanos y amigos y ni siquiera arreglar o encargar los múltiples asuntos y negocios

personales confiados a su celo profesional.

Y así como desconocen las formas civilizadas y los sentimientos dignos del corazón humano, así también desconocen los problemas elementales de la vida pública, sobre los cuales han puesto su mano profana y temeraria.

Porque nadie podrá negar que este gobierno es una perturbación de la vida política de nuestra patria, cuya explicación más honda está en la vaciedad propia de la vida militar en tiempo de paz. Efectivamente ha dicho un filósofo que, a su juicio, este movimiento militar se debe a que las instituciones armadas carecen ya de destino social porque cada día penetra más en la conciencia colectiva el concepto de que son ya imposibles las guerras. Esto hace que los militares busquen nuevos campos a su actividad y con santa intención creen encontrarlos en la vida pública, con lo cual están perturbando a política interna, así como los restos de los cruzados, perdido ya su destino social, perturbaron la Europa en los siglos XIV y XV.

Entre estas perturbaciones es sin duda la más grave la de los principios de libertad y fraternidad, porque los hombres, sobre todo los hombres libres que no tienen el alma envilecida por la servidumbre, se duelen más de la injusticia que de la miseria, y más de la tiranía que de la injusticia.

El supremo bien social es seguramente la libertad y ésta es fatalmente conculcada por los gobiernos militares, que son necesariamente irresponsables y viven llenos de cobardes recelos, avivados por el espionaje y la delación.

Y no crea V. S. I. que sólo los civiles estiman como supremo bien la libertad y temen el entronizamiento de las tiranías militares.

Los propios militares, cuando, desprendidos un poco del espíritu de cuerpo o alejados del oficio diario, contemplan serenamente estos trascendentales problemas, llegan a opinar del mismo modo. Hace pocos días se ha publicado en **La Nación** de Santiago un hermoso artículo titulado "Por la concordia" del capitán retirado de la Armada Nacional, don Lautaro Rozas, en el cual, entre otras cosas, se dice lo siguiente:

"Qué patria podría existir sin el sentimiento de la libertad?"

"La mayoría de los marinos chilenos hemos vivido muchos días de nuestra vida bajo el cielo plácido de las libertades inglesas!"

"Por la historia sabemos que cuando Cromwell las cortó con su espada, aquella tierra de libertad se convirtió en una horda de espionaje, en un vasto campo donde bajo cada piedra había un escorpión."

"Durante veinticinco años servidos en la Marina (yo no sé si debiera decirlo) nunca he asistido a una sesión de las Cámaras Legislativas de mi país. Yo y los que fueron mis compañeros de armas éramos unos escépticos de sus hombres y de sus métodos."

"Pero aún recuerdo con emoción el día en que con la frente descubierta pisé aquel templo de la libertad que se llama el Parlamento Británico."

"Un anciano inglés que me acompañaba me dijo: esta casa ha tenido muchos días de gloria. Ninguno como aquel que yo presencié en 1866, cuando John Bright levantó su voz de estadista a toda la nación inglesa, protestando por la suspensión del "habeas corpus" en Irlanda porque ella privaba a una parte de nuestros conciudadanos del más estimable y sagrado derecho de la Carta inglesa: el derecho de la libertad personal."

Esta es la opinión de un marino, de un antiguo jefe de la Escuadra. Ve por ella V. S. I. cómo coinciden los hombres de espíritu y de corazón en considerar la libertad como el supremo bien público y el **habeas corpus** como la más preciosa garantía de la existencia social.

En el caso presente se trata, precisamente de la eficacia de este recurso en un momento trascendental de la vida de la Nación.

Centenares de personas están escuchando este alegato, quizás el postrero que pueda hacer ante los estrados de V. S. I., y detrás de ellas hay miles y miles de corazones que como ellas, esperan anhelantes el fallo sereno e independiente de V. S. I. que, penetrado de la verdad de los hechos expuestos, reconozca la libertad ciudadana, conculcada por los hombres que detentan el poder público.

Hay que ser viriles y expedir un fallo que dé eficacia a los principios y a la ley y que sea una saludable advertencia a los

poderes establecidos para que no se perturben por miserables delaciones hasta vulnerar las bases mismas de la vida ciudadana.

Yo espero que V. S. I. ha de meditar en la gravedad y trascendencia del fallo que

va a dictar y lo va a inspirar no en transitorios y deleznable intereses de los hombres de gobierno, sino en la necesidad suprema de salvaguardar los principios esenciales sobre que se ha de reconstituir nuevamente la República.

El Problema Municipal

En Chile se acaba de realizar una revolución.

En el espacio de pocas horas, organismos e instituciones tenidas por fundamentales y casi sagradas en la República— la Constitución y el Parlamento— han sido abolidas por simples decretos.

En su reemplazo no se ha puesto nada. El mismo grupo de personas que abolió la Constitución y disolvió el Congreso, dicen que se propone disolver también las Municipalidades del país.

Tampoco se propone nada para poner en su reemplazo.

No hay duda que si se hiciera el balance de los males que los políticos han causado al país— con el propósito de liquidarlos a todos— no habría necesidad de rebuscar en el farrago de los papelotes del Estado para escudriñar sus depredaciones y rapacidades. Bastaría, solamente, para merecer tal castigo, el hecho de haber mutilado para siempre el espíritu de iniciativa de las multitudes.

En efecto, la historia de las revoluciones del mundo entero se halla ahí para decirnos con la mayor elocuencia, de las actividades creadoras de las multitudes durante todos los períodos revolucionarios de los pasados tiempos.

Pero los políticos de todos los partidos han ido acostumbrando al pueblo a esperar todo de la acción de los caudillos o de los funcionarios del estado, ahogando el espíritu creador de las masas populares.

De esto son prueba clara y elocuente los últimos acontecimientos desarrollados ante nuestros ojos.

Todo se ha destruido; nada se ha creado.

El pueblo, el creador de todo embotado ahora su espíritu creador, por consecuencia de la prédica de los políticos, se ha quedado esperando que las reformas, que las nuevas instituciones y los nuevos organismos, les sean dados hechos por las personas que hoy se encargan de mandar.

Ahora espera sentado una constitución que le va a venir de lo alto.

Mañana cuando las Municipalidades sean disueltas, esperará igualmente que de las alturas le manden hecho un nuevo organismo que reemplace al fenecido municipio.

Sin embargo, cuan necesario se hace que el pueblo, a lo menos sobre este problema, olvide por un momento las sugerencias de los políticos y tome las actividades que le corresponden en presencia de este verdadero grave peligro.

Existe un grupo de perfumados caballeros que viene, desde hace años, propiciando algunas reformas municipales, todas ellas tendientes a quitar de manos del vecindario el control o fiscalización de los servicios del Municipio. A las influencias de estos caballeros se debe el haberse terminado con la antigua Asamblea de Electores, que fué reemplazada por la asamblea de los señores mayores contribuyentes. En su afán de no querer que el pueblo tenga ingerencia en los servicios públicos, estos caballeros vienen propiciando la creación de la Intendencia Municipal, emanada de nombramiento gubernativo, con lo cual se terminaría con el Municipio de origen popular.

De este modo, la fiscalización municipal referente al control de la trata de blancas, del alcoholismo, de las múltiples falsificaciones y adulteraciones de los artículos alimenticios, quedaría de hecho en poder de ese distinguido grupo de perfumados caballeros, llegados al poder por nombramiento de sus amigos del Ejecutivo.

Sin embargo, es el pueblo quien debe tomar en sus manos esos importantes servicios.

Es a las madres de familia del pueblo a quienes interesa más que a nadie la fiscalización de la trata de blancas, de las casas de cita, de las infinitas formas en que se esconde y disimula la prostitución y la corrupción femeninas; es a los jefes de hogares del pueblo a quienes interesa más que a nadie el conocimiento y control de los mil sitios del vicio en que se filtra el alcoholismo y el juego; es al pueblo en general a quien interesa la inmediata y certera fiscalización de la inversión de sus dineros

destinados a los múltiples y eficaces servicios de utilidad pública que debe prestar el Municipio y que hoy se encuentran totalmente sustraídos de su vigilancia y fiscalización.

Parece necesario insistir en señalar las dos claras tendencias que se diseñan sobre este particular: una, la reaccionaria, que pretende cercenar para siempre el derecho del pueblo a inmiscuirse en los negocios públicos, alegando una serie de pretextos; y la otra, la que pudiera llamarse popular, que tratando de cumplir una misión histórica, procura que se entreguen al pueblo todos sus derechos, muy principalmente el de creación y fiscalización de las funciones públicas.

La primera corriente ha merodeado siempre en las esferas gubernativas,—así gobiernen los blancos como los rojos;— la segunda tiene su sede en el corazón mismo de las multitudes, que hasta ahora, a causa de la adormidera política, no ha tenido medio de manifestarse.

En el actual momento, la corriente de los caballeros perfumados ya ha tomado sus posiciones y se prepara a asestar el golpe definitivo a los derechos del pueblo, haciendo que el poder municipal tenga su origen en nombramiento gubernativo.

Si aceptamos hoy que todo poder tenga origen gubernativo, mañana llegaremos a aceptar que todo poder sea nuevamente de origen divino. Y entonces los funcionarios no deberán ninguna cuenta ni explicación al pueblo sino al gobierno o a la divinidad.

La soberanía popular, que hoy ha sido falseada, mañana será negada.

Ante esta amenaza, un papel muy claro le cabe al pueblo.

Debe desentenderse de toda sugestión de los políticos y empezar inmediatamente a organizarse por distritos en los diversos barrios de la ciudad. Esta organización por barrios, donde podrían participar los hombres y las mujeres de todas las tendencias, debe tomar en sus manos la creación inmediata de los servicios municipales indispensables en su barrio.

A un vecindario reducido le es más fácil conocer mejor a las personas que se encarguen de una función igualmente reducida.

Del mismo modo le es más fácil conocer y perseguir los sitios de vicio y corrupción que existen en cada distrito. Hoy día existen vecindarios que no hallan qué hacer con la vecindad de garitos o prostíbulos clandestinos que todo el barrio conoce y que la policía y los inspectores no ven ni conocen...

¿Y qué diremos de las tasaciones de las propiedades y aún de la higiene de las casas, conventillos e industrias?

De todos los organismos constituidos de los distritos se designarán delegados que constituyan el Municipio Central, que será el ejecutor y coordinador de la voluntad manifestada de los distintos distritos, los cuales deberán discutir y resolver las nuevas normas del organismo municipal que van a crear.

Todo lo demás debe ser confiado a la libre iniciativa de las masas en ebullición.

Además, estos organismos pueden ser los baluartes que defiendan al pueblo de las actividades de la reacción.

Y entonces podremos constatar claramente este dilema: si el momento es de reacción, los poderes nacerán del Ejecutivo; si es de creación, los poderes nacerán de la voluntad popular.

JULIO E. VALIENTE

Santiago, Setiembre 20 de 1924.

El presente número de "Claridad" debió estar terminado a fines de Setiembre. Pero ocurrió que todos los dueños de imprenta, para imprimir nuestra Revista, querían previamente convertirse en censores de ella. Como no aceptáramos, hemos tenido que andar de Herodes a Pilatos. Por esta causa, este número sale casi con un mes de atraso. Este artículo fué escrito cuando aún no habían sido disueltas las Municipalidades. Pero como en él se hacen consideraciones que debe conocer el público, hemos resuelto darlo siempre a la publicidad.

—N. de la R.

FLORILEGIO

ERA VERDE

Dos tipos discuten a la entrada del Correo.

Uno exaltado:

—La libertad, la libertad...

El otro con una gran cachaza:

—No haga frases, ¡por favor!... La libertad era verde y se la comió un asno...

HOMBRE DE ACCION

El General Altamirano se puso de pie para hacer entrega de la copa ganada por los tennistas argentinos.

—Señor Embajador—comenzó. Vaciló algunos momentos, y de improviso:

—...Aquí está la copa... Yo no sé hablar... Soy hombre de acción...

Poco después alguien gritó:

—Que hable el campeón... que hable Robson...

Pero el General, alzando una mano:

—No; no debe saber hablar... Es hombre de acción también...

DON CHUMINGO

Alguien preguntó a D. Domingo Amunátegui si él era el Ministro de Instrucción.

Don Domingo, poniéndose de pie, indignado, respondió:

Yo nunca he manchado la memoria de mis antepasados.

UN GRAN NEGOCIO

Don Francisco Huneeus, gestor administrador en todos los regímenes, se hizo anunciar.

El almirante Nef hizo arreglar sus papeles y dió orden de introducir al ex-senador.

—Señor almirante;—pricipió el gestor— el negocio de Lebu es un gran negocio. Adquieranlo; el Gobierno no solo beneficiará a una de las regiones más ricas del país, sino que dotará a la nación de una...

—Efectivamente—interrumpió Nef.— Es un gran negocio. Pero el Gobierno tiene actualmente demasiados negocios... Y como los miembros de la Junta sentimos por Uds. una gran simpatía y una gran gratitud, les vamos a dejar a Uds. el negocio de Lebu.

CUENTO JUDIO

Dedicado a D. Gabriel Amunátegui

Una mujer se presentó ante el rabino.

—Señor rabino: vengo a divorciarme.

—¿Cuál es el motivo?

—Mi marido, señor rabino, no sabe beber, no sabe jugar, y escribe.

—Pero eso no es una falta. Yo tampoco se beber, tampoco se jugar, y—lo mismo que su marido, escribo.

—No señor rabino... El caso es diferente. Mi marido no sabe beber... y bebe... Consecuencia: se emborracha. No sabe jugar... y juega... Consecuencia: pierde...

—Comprendo... Pero...

—Ah! señor rabino... Antes, yo sola podía conocerlo. Desde que escribe todo el mundo sabe que es un imbécil.

PALABRA....

Don Luis Merino Esquivel, profesor de Instrucción Cívica del Liceo de Aplicación, hablaba en clase del movimiento militar:

—Los militares han dado su palabra de honor de que no se quedarán en el Gobierno...

Un chiquillo interrumpió:

—Pero también dieron su palabra de honor de que respetarían las libertades públicas.

—Nó;—respondió el Sr. Merino—no dieron su palabra de honor... dieron solamente su palabra...

Claudio ROLLAND.

Si aún no ha leído esta novela ¡Léala!
Le encantará

LA PRINCESA ZOUROFF

La mejor novela de Ouida

EN VENTA:

DELICIAS 737

Librería LA NOVELA ILUSTRADA

En Torno al Movimiento Militar

1.—LA ACTITUD NECESARIA

Los hechos que con inusitada rapidez se vienen sucediendo en nuestro país, obligan a establecer una rígida apreciación de valores y a adoptar, en conformidad con los resultados de esa apreciación una determinada actitud. Hay que examinar con frialdad crítica las situaciones, los hombres y los propósitos puestos en juego a fin de obrar con eficacia en el sentido de las ideas mejores y más oportunas. La desorientación presente es propicia a cualquier saludable intento renovador; estamos, aunque no haya sangre ni violencia ostensible, en un período revolucionario y todas las fuerzas sociales tienen el imperioso deber de actuar.

Desde estas mismas columnas hemos combatido con acritud violenta el imperio de la impudicia política, los vicios de toda índole que medran en el desorden de nuestra democracia embrionaria, y, más que todo eso las instituciones básicas del régimen capitalista y autoritario. Nuestra crítica se ha dirigido, por igual, al sistema y a los hombres y partidos que dentro del sistema han aprovechado y aprovechan la inercia fatalista del pueblo para satisfacer sus desmedradas pretensiones de lucro, de explotación y de mando. Hemos marchado en línea recta consciente de que contemporar es claudicar, y por eso, en este instante de inquietud colectiva tenemos derecho a maldecir una vez más, sin ser oportunistas, a los políticos caídos, y a condenar, sin pretender de augures a los militares que hoy disfrutan de las grangerías del poder.

Fuera de las razones doctrinarias que de ellos nos apartan, hemos encontrado siempre detrás de las actividades ostentosas de los políticos, la mentira interesada, el escarnio de los principios, la befa de las necesidades públicas. Viven entreteniéndose la puerilidad de la opinión con el artificio de las grandes palabras. Fuesen cuales fuesen las mayorías políticas que han dominado en la nación, su obra ha sido, desquiciadora, inmoral y reaccionaria, favorable sólo a los intereses de las grandes empresas, de la oligarquía y de la burocracia. Voraces en grado inverosímil, los políticos habían convertido la República en un vasto sindicato dedicado a la explotación del pueblo: un sindicato que utilizaba la bandera tricolor como marca de sus negociados y cubría su rapacidad con el velo intangible del patriotismo y de la ley.

Pero fueron colmando la medida; su audacia llegó a herir a aquellos que eran sus sostenes legales. Y un buen día las instituciones armadas, haciendo intérpretes del malestar reinante y mistificando a los cándidos—"legión de legiones"—con ampulosas declaraciones de idealismo democrático, clausuraron el Parlamento, señalaron la puerta de la proseripción al Presidente Alessandri, y fueron despertando, con el ruido bélico de sus sables, las arañas burocráticas dormidas apaciblemente en los rincones de la administración nacional.

Las bayonetas han tenido aquí, como en todos los países civilizados (?), una misión esencial: mantener intacto ese andamiaje de mentiras, de explotación y de violencia arbitraria que es el Estado. No es necesario, pues, ser demasiado pesimista para pensar que los militares, cumpliendo sus honestos deberes y tradiciones, no alterarán en nada sustantivo lo que hoy se llama despectivamente "el viejo régimen". Reemplazarán mentiras decrépitas por mentiras más viejas aún, adornarán la fachada de la casa colonial con decoraciones atrayentes; embaucarán al pueblo con dos o tres leyes que no perjudiquen en mucho a la oligarquía y a la burocracia, de quienes, acaso sin que muchos se den cuenta cabal, ofician como habilidosos servidores. Y después, si es que, contradiciendo lo que afirma esa maliciosa comadre llamada Historia, no se encariñan demasiado con el poder, cederán su puesto a un grupo solemne de Pachecos, representantes de la farsa antigua, y en Chile, como en el caso del cuento, no habrá pasado nada...

Esto es precisamente lo que debemos evitar a toda costa. O nos cruzamos de brazos o tratamos de avanzar algo siquiera, dando a nuestras instituciones la flexibilidad necesaria para que pueda adaptarse sin rompimientos probables, a las exigencias del progreso social. Los grandes problemas colectivos están entre nosotros absolutamente vírgenes, y es urgente examinarlos y resolverlos dentro de lo que permitan las circunstancias, la educación incipiente de las

masas y la energía constructiva de los elementos nuevos. Recordemos, en tanto, algunos hechos del pasado que pueden servirnos para fijar nuestra posición en el presente.

2.— ANTECEDENTES Y CONSIDERACIONES

Mirando la fuerza de supervivencia del pueblo de Chile y la tenacidad con que se aferra a lo establecido, el observador se queda estupefacto. El chileno, aunque otra cosa diga la leyenda adúltera, es sumiso, amodino, enemigo de los cambios; ama las instituciones tradicionales que le han sido impuestas, reverencia los absurdos en que ellas descansan, y prefiere vegetar, como Job, en un estercolero de iniquidades, a tener alguna vez siquiera, la rebeldía de una protesta gallarda.

Nuestro estado social, político y económico, reposa sobre irritantes privilegios. Unas cuantas familias de abolengo colonial unidas a otras de advenedizos democráticos y a unas cuantas empresas extranjeras, son dueños de la tierra chilena y de sus riquezas pródigas. La gran mayoría, en cambio, es miserable; en los campos, el inquilino, vestigio de servidumbre oprobiosa, es un ser en el que difícilmente se reconoce un semejante; en las ciudades el obrero rueda su vida en talleres infectos y en los tugurios dantescos de conventillos edificadas por clérigos y burgueses de indiscutibles inclinaciones filantrópicas.

Arriba, en manos de la aristocracia y de la alta burguesía, el dinero arrancado al sufrimiento anónimo se transforma en lujo, en placer, en belleza; el dolor proletario es lapidado por una carcajada de bacanal. El pueblo nutre con su sangre los vicios de una oligarquía corrompida, enmascarada de hipocresía católica. Y esto, sin duda, es hermoso y justo. Los ricos y los pobres existen desde que existe la sociedad constituida; luego, se trata de una división necesaria, de origen divino, y el que así no lo juzgue tiene que ser un ente peligroso y absurdo. Para resguardar la tranquilidad de los que tienen, el Estado vela como una Providencia terrestre, por intermedio de la Policía, del Ejército y de la Magistratura.

El pueblo tiene en el fondo, la psicología simple de los niños. Con un juguete en sus manos, el niño no grita; con una mentira pintoresca el pueblo no se rebela. La oligarquía chilena, comprendiéndolo así, lo obsequió el principio de la soberanía republicana. Periódicamente se le llama a elecciones y se le hace creer que elige sus representantes. Cuando lo que hace es cambiar de amos. En verdad, el único provecho que un ciudadano saca de las actuales elecciones es la suma de dinero con que a veces, lo gratifican los traficantes del sufragio. Nada cambia, nada puede cambiar, porque el sistema electoral está de tal manera montado entre nosotros, que las corrientes renovadoras encuentran cerrado el camino del éxito. Por lo demás, hay que convencerse alguna vez que la cuestión social no va a solucionarse en último término desde la tribuna parlamentaria, sino en los organismos proletarios capaces de exterminar el régimen existente.

Las clases poseedoras son las únicas que han recibido beneficios de la política parlamentaria. La historia de los partidos chilenos, especialmente después del 91, es una crónica policial aumentada de proporciones: en todas partes, negociados, escándalos, fraudes financieros y morales, corrupciones incalificables. Para ser hombre público en nuestra tierra se ha requerido renunciar la vaciedad grandilocuente de Pacheco a las trapacerías de cualquier negociante inescrupuloso, y haber leído y meditado con provecho, no ya el clásico tratado de Macchiavello sino la biografía de algún inasible caballero de industria. ¿Cuántos políticos pasean por las calles de Santiago sólo para demostrar que los Tribunales de Justicia no se han hecho para los poderosos! Esto en lo que atañe a moralidad, que, en cuanto a ideas y programas, "más vale no menearlo". Las doctrinas han ocupado siempre un ínfimo lugar en la conciencia de nuestros repúblicos.

Un día se creyó que todo esto iba a terminar. La situación insostenible de las clases trabajadoras, el estado general del país, la crisis económica y espiritual hacía presagiar una inevitable revolución popular. El ambiente estaba preparado. Ideologías nuevas atraían el interés de los espíritus y

necesidades imperiosas inclinaban a las voluntades a la acción subversiva y rotunda. En la efervescencia colectiva entraban, por igual, factores locales e influencias extrañas diseminadas en la atmósfera moral del mundo por la revolución rusa, el fenómeno sociológico más importante de los últimos tiempos. Hasta entonces nuestros movimientos políticos habían sido obra de la oligarquía dominante; un elemento impetuoso iba a entrar en escena: el pueblo. Lentamente, un comienzo de conciencia democrática se insinuaba haciendo temblar, tras las murallas coloniales de sus privilegios, a todas las clases conservadoras de este país.

Y surgió también el hombre representativo: Arturo Alessandri.— Caudillo, energético inquietador de muchedumbres, agrupó junto a él a todas las energías fecundas de esta tierra. Pudo iniciar una amplia y eficaz renovación de valores, y no hizo nada. Continuó el juego de la política pequeña; transigió con las intrigas de los círculos parlamentarios; accedió a las exigencias de banderías corrompidas. Y esto es lo que nunca será posible perdonarle: el no haberse atrevido a cumplir la misión que el pueblo de Chile le confió en una hora transcendental de su desarrollo democrático. Alessandri debió gobernar con el pueblo y prefirió gobernar con la Constitución; un parlamentarismo (desenfrenado ahogó en germen sus saludables intenciones, e hizo de él que pudo ser el primer ciudadano de un Chile enaltecido, un proscrito más de la copiosa serie que expulsan hacia Europa los pronunciamientos militares, que se suceden en esta América adolescente y turbulenta. Alessandri es el malogro más grande de la política chilena.

4.— APRECIACIONES SOBRE LA DICTADURA

Un movimiento renovador de cualquiera especie tenía fatalmente que producirse. El abuso del parlamentarismo había traído al país al borde de la bancarrota; el desorden y la inmoralidad minaban la administración del Estado; los hombres públicos bastaban sus influencias a las grandes compañías en detrimento de la nación; y la los partidos y en los dirigentes de los partidos sólo se manifestaban ambiciones de predominio y de lucro. El pueblo, este pueblo nuestro que todo se lo merece por imbecil y pacífico, se cruzaba de brazos en una plácida actitud de escéptico. Y he aquí que los militares, defraudados también en las aspiraciones de su estómago, iniciaron un movimiento, según ellos depurador, suprimiendo de hecho las leyes y las instituciones orgánicas, y reemplazándolas por la dictadura de una Junta Militar. El disgusto que a todos producía la desvergüenza insolente de los políticos ha impedido a muchos, hasta ahora, comprender que el régimen que ha venido a reemplazar al anterior, presenta características altamente sospechosas y es por su esencia reaccionario.

Fortalecidos por el desprecio, notable en todas partes hacia el parlamentarismo, los militares se creen llamados a renovar la República, para lo cual se ven estimulados por las súplicas de la feligresía católica que considera la caída de Alessandri como una reivindicación. El Ejército— se afirma, por ahí— procede al margen de cualquiera corriente política y por sobre las sugerencias doctrinarias. Sin embargo la burocracia, el clero y la oligarquía se desgañan aplaudiendo y enaltecendo el pronunciamiento militar; y la burocracia, el clero y la oligarquía serán los únicos que recibirán los problemáticos beneficios de la dictadura. ¿Cuál es si no el papel del Ejército en la sociedad? ¿No ha sido, ayer, hoy y siempre, mantener las injusticias constituidas, defender los privilegios de las castas poseedoras responder con la represión a las peticiones doloridas de la multitud? ¿Cómo puede, entonces, esperarse algo que no sea la perpetuación de la iniquidad social a consecuencia de los fueros de la oligarquía chilena, la retrogradación de nuestras instituciones; ¿Porqué arte de magia, la falta de aptitud adquiere, de pronto, cualidades directrices, la pasividad disciplinada se transforma en fuente de iniciativas salvadoras, y los sostenes del Estado aparecen como amigos de las víctimas del Estado?

Aparte de lo anteriormente dicho y por poca perspicacia que se tenga puede verse como el movimiento iniciado por la oficialidad menuda— queremos creer que con las

mejores intenciones del mundo— ha venido a ser aprovechada por los altos jefes y, por intermedio de ellos, por los políticos valetudinarios de la Unión Nacional. Esto no nos importa mucho: hemos estado siempre contra las dos combinaciones que luchaban en el redondel del Parlamento, y no moveríamos un dedo para defender a la Alianza Liberal en desgracia; pero estaremos prontos a defender, como sea necesario, cualquiera tentativa que se pretenda hacer para conculcar las libertades conseguidas árdamente en un siglo de dificultosa evolución política. Dicen que la intromisión de los militares en el gobierno ha establecido un precedente peligroso; hay más aún: el gobierno militar es ya un peligro; si el execrable parlamentarismo de ayer condujo al país al derrumbe financiero la aplaudida dictadura de hoy parece conducirlo a una crisis de la libertad cuyas proyecciones son todavía incalculables.

5.— La VERDADERA REVOLUCION

El concepto de revolución lleva envuelto el de renovación radical, de progreso, de perfeccionamiento. No hay revolución cuando se destruye un régimen y se reemplaza por otro peor, cuando se vuelve atrás. Lo que han hecho los militares está muy lejos de ser una revolución; es un simple pronunciamiento igual a esos que llenan la historia de la España moderna. En el mejor de los casos se reformarán algunas instituciones demasiado arcaicas o demasiado inmorales; aunque lo más probable— dado el personal que asesora a la Junta de Gobierno— es que el estatuto orgánico que se dicte sea más reaccionario y digno de censura que el que hasta hace poco tuvimos. Ya se insinúan, por ahí, procedimientos que permiten augurar el cariz de las futuras

determinaciones gubernativas. Se habla con esperanza y optimismo de la Asamblea Constituyente que deberá organizar el Estado, y unos proponen que se haga a base de gremios, y otros, por elección popular.

Desde luego podemos adelantar una cosa; y es que sea cual sea la forma en que elija esa Constituyente, su personal, nombrado directa o indirectamente por el poder dictatorial, obrará conforme a sus inspiraciones y dará a Chile una Constitución que en nada afecte los intereses de la oligarquía dominante y que por lo tanto, beneficiará en muy poco al elemento popular. Contra esto hay que estar alerta porque acaso mañana las oportunidades propicias desaparezcan. Estimamos necesario constituir una corriente de opinión, extraña a las dos combinaciones políticas en lucha y de base eminentemente popular, capaz de influenciar y de imponerse. Los tímidos y los desencantados arguyen que nada puede intentarse para supeditar a la fuerza reaccionaria que domina en la actualidad. Conviene recordarle a los que así piensan, que la fuerza que ha producido las grandes renovaciones históricas han fluído siempre, generosa y fecunda en las entrañas ardientes del pueblo.

El pueblo debe, alguna vez, proceder, sacudir el yugo de su atávica resignación, limpiarse el moño de servidumbre tradicional que le corroe la vida. Este es el verdadero momento para que actúe. No hay que escuchar las quejas falaces de los políticos destronados ni tampoco las promesas peregrinas de los militares entronizados. Los unos y los otros, sólo son servidores inconscientes o habilidosos de la oligarquía.

Nada se puede, en consecuencias, esperar de ellos.

EUGENIO GONZALEZ R.

Proyecciones del Movimiento Militar

El Estado tiene la pretensión de satisfacer las necesidades colectivas y amparar el progreso, respetando la libertad individual. Esto no es sino un engaño que los políticos han propagado y mantenido para poder justificar su existencia, ya sea actuando en el gobierno o en la oposición. El poder de todos los Estados es y será coercitivo, descansa y descansará siempre en las fuerzas armadas; para justificar la violencia que es su esencia, está la ley, escrita en los códigos o impuesta a golpes de sable en forma de nueva constitución.

Toda iniciativa individual o social que cristaliza en una idea o acción de beneficio colectivo o que viene a satisfacer necesidades imprescindibles de la sociedad, es aprovechada por el Estado, quien la apadrina a última hora y se dice su creador, siendo que— en verdad— ha sido hostil o ajeno a ella durante su gestación o desarrollo. Todos los descubrimientos científicos, todas las creaciones artísticas y todos los movimientos populares han nacido y se han desarrollado al margen de las instituciones estatales, estas se han apropiado de los frutos y los han emponzoñado con su contacto y— lejos de impulsarlos— los han debilitado o estagnado. Afirmar que el Estado ha creado algo, sería como asegurar que el zapato de madera ha dado nacimiento al pie de los chinos, cuando— en realidad— lo único que hace es martirizar, detener y deformar las estremidades de las mujeres que lo usan.

El progreso individual y social se produce a pesar del Estado, como se desarrolla el cuerpo de los niños a pesar de los trajes estrechos, los cuales— incapaces de detener la fuerza vital— se rompen o se descosen, necesitando de parches o remiendos. Así pasa con el Estado, cuando el pueblo progresa y ve claro la incapacidad o la corrupción gubernamental; entonces— para justificar la necesidad de la autoridad— se remienda el traje o se hace uno nuevo: cambia la combinación política que mangonea el poder, en el primer caso; suben al poder los militares o el clero, en el segundo. La situación para el pueblo es la misma, han variado únicamente las apariencias: hay siempre un amo que dispone de su vida, de sus intereses y de su libertad.

*

En todos los países del mundo está pasando, ha pasado o pasará lo mismo que en Chile: el Estado, cuyo poder vacilaba en manos de los civiles— que han llegado a la quinta esencia de la podredumbre en los asuntos administrativos— ha tratado de re-

mozarse, de prestigiarse, dejando escalar el gobierno a los militares. Mientras estos chocan con los políticos se produce una crisis del Estado, que el pueblo podría aprovechar en su beneficio siempre que contara con la fuerza y decisión necesarias para subordinar a sus enemigos, debilitados por la lucha. Pero si esta ocasión pasa, los militares— después de algunas vacilaciones— sintiéndose incapaces para administrar la cosa pública— llaman a los políticos, los cuales se descocan por aparecer a su lado. (Sabemos que el político tiene todas las cualidades, incluso las del escremento que se adhiere a los tacos del que lo ha pisoteado). Desde el momento que los militares se unen a los políticos, el pueblo ha perdido toda posibilidad de beneficiarse: la crisis del Estado ha pasado y este se sentirá más fuerte en el futuro: se dictarán nuevas leyes y la opresión de los asalariados será mayor.

Vivimos ante esta amenaza tremenda, pues el ligero escollo que hoy dificulta el maridaje de los civiles y de los militares, desaparecerá en breve, ya que no se trata de un divorcio de fondo sino de forma; sólo divide una competencia por pequeños intereses que se subordinarán ante sus grandes intereses comunes si estos se ven amenazados al vacilar las instituciones estatales básicas por la acción de un movimiento libertario iniciado por los productores. Esta posibilidad, aunque remota debido a la desorientación de las masas y a la ambición colaboracionista de los caudillos, puede cristalizar en bella realidad si la impulsa un grupo decidido y capacitado, pues las condiciones de la vida no variarán: los nuevos gobernantes tratarán con dureza a sus gobernados y tendrán dificultades personales inmensas que satisfacer a costa de los explotados; las persecuciones y las injusticias irán en aumento, paralelamente con el encarecimiento de la vida y el desarrollo vicioso de las contribuciones. Y todo el espléndido miraje con que hoy los militares— aconsejados por los viejos políticos que medran a la sombra de sus espadas— ilusionan el país, será en breve un desencanto más sumado a la infinita serie con que se ha engañado al pueblo hambriento de pan y libertad, por los que ingenua o habilidosamente aseguran que el Gobierno o la autoridad pueden satisfacer las necesidades colectivas y garantizar la libertad.

Frente a este peligro urge actuar en el sentido de orientar las energías dispersas en un solo haz que aune a los productores; esta fuerza nueva abteniéndose de su representación en cualquier asamblea constituyente— puede hacer propaganda y obrar

directamente para abrir camino a nuestras aspiraciones libertarias.

Es preferible robustecerse manteniéndose al margen de la disputa de los constitucionales y fomentar— en cambio— las organizaciones o grupos que aspiran a la disolución del Estado. Esta actitud orientaría a los vacilantes y crearía una poderosa corriente para actuar en el futuro, sin dejar por el hecho de ser abstinentes, de influenciar por acción refleja a todos los organismos del país.

J. GANDULFO.

LAS DICTADURAS FRACASAN

Poco tranquilizadoras para la estabilidad de las dictaduras son las noticias que nos llegan de Europa.

Primo de Rivera, que desde hace un año gobierna a España con poderes omnímodos, sin control ni oposición de ninguna especie, ha ido de fracaso en fracaso en su afán de regenerarla.

Incapaz para solucionar los innúmeros problemas de orden interno que se le presentan, sin haber mejorado en un ápice la administración pública o el bienestar del pueblo, como con tanto énfasis lo dijera el día que se apoderó del gobierno, ha sido también incompetente para llevar a término feliz la campaña de Marruecos, aventura torpe que está consumiendo las mejores energías y vitalidad del proletariado español. Para colmo, las rivalidades y ambiciones despertadas entre los jefes que componen el Directorio, se hacen cada vez más patentes y ostensibles.

En esta emergencia, todos los elementos civiles que ven un marcado peligro en que se prolongue semejante incertidumbre, se han unificado para presentar un solo frente de resistencia a la dictadura.

Personajes alejados de la política de ese país, como Blasco Ibáñez, si bien con fines de interés exclusivamente personal, están desarrollando una activa propaganda en contra del "régimen dictatorial" que tantos males ha causado a la cultura y prestigio de España.

No es prematuro, pues, adelantar que dentro de poco un nuevo orden de cosas se habrá impuesto y cambiado totalmente la estructura política de esa pobre y desventurada nación.

*

En Italia, algo parecido le ocurre a Mussolini.

Como se sabe, el prestigio de que este caudillo estaba revestido, ha ido disminuyendo desde el día aquel del crimen de lesa humanidad y grave error político cometido en la persona de Matteotti, que tantas y justificadas protestas originó en los países del mundo civilizado.

Inútiles han sido todos los esfuerzos que ha hecho para rehabilitarse.

La ruda oposición que en su contra existe, aumenta a pesar de las medidas tomadas para contenerla.

El reciente Congreso del Partido Liberal, efectuado en Liorna, dejó claramente establecido que el "dictador" no podía ya contar con la cooperación que hasta ayer le había dispensado.

Y es así como, poco a poco, se han ido alejando de su lado los más significados elementos con que contaba para realizar los objetivos de su política, sedicente constructiva y progresista.

Por su parte, el Partido Comunista acaba de anunciar su franco y decidido propósito de intensificar la lucha contra el fascismo, de acuerdo con los demás grupos políticos que también lo resisten.

No es, como se vé, muy halagadora la situación del "duce" que tantas esperanzas hizo alimentar a los corifeos de la reacción.

ADRIANO

LIBRERIA
LA NOVELA ILUSTRADA
JOAQUIN ORTEGA
DELICIAS 737 SANTIAGO
Visítela: Abre hasta las 11 P. M.

LA HORA DE LOS LACAYOS

Yo creía que sólo en las novelas tenían existencia ciertos tipos degenerados de la fauna humana. Es que yo no había vivido las horas únicas en que tales seres abandonan el cubil; el frío, viscoso y negro cubil de sí mismos.

Ahora las he vivido.

Ahora sé que la realidad es la más terrible plasmadora de monstruos. Ahora sé que ninguna alucinada imaginación de novelista podría asemejarse a ella en la teratológica labor de forjar Cuasimodos morales.

La abyección parece hallarse entre los componentes esenciales del hombre. La vida en comunidad crea obstáculos diarios a su exteriorización. Pero ella existe. Y espera.

Hasta que un día llega su vez. Las normas habituales de vida se rompen. Las barreras caen. Y, a favor de la desorientación y del anulamiento de la conciencia colectiva, la deformación sale a pasearse bajo el sol.

Las largas jornadas que vivió al acecho, arrebujaada en la sombra, la amaestraron en la macuquería.

Por eso no sale desnuda. Por eso no da el rostro a la luz.

Llega maquillada, con afeites de "decentencia". Cubre su estructura repugnante con hábiles disfraces de "moralidad" y de "bien público".

Tal ha acontecido ahora.

La revolución sin sangre que, en pocos días enterró la Constitución y los Poderes Públicos, ha dado ocasión para que salgan a flotar sobre el caos de los actos y de

los pensamientos y de las voluntades ofuscadas o rotas, todas las bajezas, todos los rencores, todos los servilismos.

Es la hora de los miserables.

Pero debe ser también la hora en que las pocas conciencias que no han perdido el control de sus facultades, inicien una clara acción de desenmascaramiento.

Es necesario identificar a los buitres.

Sólo el mal puede esperarse de ellos, porque sólo el mal realizaron durante su vida.

Cuando cañaron, su silencio fué cobardía y complicidad.

Cuando hablaron, su palabra fué adulación, veneno y servilismo.

Hoy, que un trágico interrogante llena con su espanto todas las perspectivas, ellos hablan.

Y dicen que van a colaborar a la salvación de la República.

Desconfiemos! Desconfiemos!

Mientras la plutocracia, desde los Bancos, desde la Bolsa, desde los latifundios, comienza a hacer derivar hacia sus intereses, el pronunciamiento del Ejército, los nobilísimos y cívicos "salvadores de la patria" organizan la "fiesta del aplauso" y estrangulan la voz del pensamiento libre y exhuman apollilladas metáforas, para cantar el ditirambo de un movimiento que nadie puede prever si será de bien o será de mal.

¡Salvadores de la Patria!

Como si alguna vez hubieran salvado algo los aplausos de los esclavos y las sonrisas de los lacayos!

FERNANDO G. OLDINI

LA RELIGION DE POST-GUERRA

Desmoronada y abatida por la crítica del siglo XVIII, por el positivismo del siglo XIX, la Iglesia católica ha perdido en nuestra edad aquel ímpetu científico y constructivo que en otros tiempos produjera la "Summa" de toda Teología y todo conocimiento. Sintió invadida y avasallada la ciudadela del Dogma: ya no se escudaban los graves doctores tras de sus silogismos y categorías teológicas como en el Renacimiento y los severos concilios donde se definía acerca de todas las cosas divinas y humanas, no amedrentaban ni detenían a los sabios que trabajaban en sus laboratorios ni a esos tozudos germanos como Strauss que desmenuzaban y daban vuelta a toda la compacta mitología cristiana. Puestos en el peligro de perecer, los sacerdotes vieron obligados a descender de su férrea y altiva torre, e invocar en su auxilio fuerzas que hubieran desdofinado los grandes y voluntariosos generales de la Iglesia de otra época. Mas que a la razón precisaba hablar a la sensibilidad o sensiblería de las gentes: más que a los hombres a las mujeres.

Fiera, sombría y dogmática hasta entonces, la Iglesia no había aprovechado de sus elementos exteriores o decorativos, de todo aquello que un adusto teólogo del siglo XVI hubiera repudiado como concupiente y sensual y desprovisto de doctrina. Fué en Francia, en los tiempos del Romanticismo, cuando personaje tan representativo como Chateaubriand consideró al Catolicismo no como un conjunto de principios de fe, como el credo de toda una gran porción de la especie humana, sino como "una máquina poética". La Iglesia podía agradar a los incrédulos por su multitud de elementos decorativos: en la Iglesia también podía hallar un artista sensualidad y erotismo. Y Chateaubriand que en el siglo XVI hubiera sido quemado por atentar contra la unidad y la pureza de la Iglesia, en el siglo XIX recibió la bendición y las aprobaciones apostólicas. Fué el jefe visible de una especie de catolicismo dilettante, bueno para conversar en los salones, religión sin sexo ni agresividad que solo quería posesionarse de los sentidos.

Engendro del siglo XIX fué ese Catoli-

cismo sensiblero que lloraba como una mujer y quería vencer y cercar las almas con las prédicas dolientes, humildes y empalagosas de un Flehner, un Dupanloup, un Massillon o un Bourdalone, los atildados abates untuosos y sonrosados que le predicaban a la buena sociedad de París en un francés insinuante y lleno de cortesía.

Hasta su literatura tuvo ese Catolicismo, y el señor Pablo Bourget es todavía con sus confitados casos de conciencia—adúlteras de la buena sociedad en quienes la pasión lucha con la fe, diputados monarquistas y jovencitos educados en los seminarios—el maestro del género. Bajo la máscara de su religiosidad en pocos espíritus modernos se respira más sensual y satisfecho el gusto de vivir—la concupiscencia y la riqueza—como en este cínico burlafrades de Pablo Bourget. Predicando, y sin perder su apostura de abate, ninguno como él sabe corromper a las señoritas.

En todo caso a fines del siglo XIX los espíritus libres no podían quejarse. La Religión parecía una de esas cosas del pasado, buenas para evocarlas e inspirar a los literatos impresionistas. León XIII, el pontífice francés semejaba con su eterna sonrisa, sus trabajados y elegantes poemas latinos, su ceremoniosidad y comedimiento, el Papa representativo de una edad escéptica sin entusiasmo ni ardor. En la oposición Renan con su lógica suave y su estilo sin estridencias, era el Papa León XIII de la Heregía. Hombres como Venillot y ese joven León Daudet que empezaba a escribir, parecían con sus odios y exasperaciones tipos de una fauna extinguida. Se aspiraba a una entente entre la Ciencia y la Fe y en las Universidades católicas de Bélgica los frailes empezaban a hacer Psicología Experimental. La Iglesia parecía caer no produciendo los estragos y el ruido que augura el Apocalipsis sino de una manera vaga y oscura, arrastrada y confundida por las múltiples fuerzas ciegas y veloces que impulsan la sociedad contemporánea.

Así llegó la Guerra y con ella un arma preciosa y providencial para la Iglesia decadente. Aquella guerra que había sido fomentada por el capitalismo europeo podía

interpretarse con la lógica resbaladiza de los católicos, como una bancarrota de la ciencia y de las aspiraciones sociales de la época moderna. Era el castigo de los estados sin Dios. Ante el dolor de las mujeres, huérfanas o viudas, y de los pueblos hambreados, los frailes recorrerían como curanderos las ciudades y las aldeas, encañando sus bálsamos de consolación y sus tónicos celestiales. Había actos de contrición y abjuraciones de los tímidos. Aunque aliados con los militares y los capitalistas la estuvieran promoviendo, ante el desconcierto de todas las teorías y de todos los grupos sociales, ellos unidos con sus firmes y disciplinados escuadrones jesuítas dirían la única palabra de paz.

Y después de la guerra a río revuelto ganancia de pescadores. Como ellos y los capitalistas eran los únicos que podían tener unidad de acción ante el desconcierto del mundo, se aprovecharían para la obra de la reconstrucción. El mundo, según ellos, se había perdido por orgullo y por eso que no sé si Pío X llamó "el espíritu satánico de las novedades". Precisaba volver a antiguos conceptos olvidados. "L'Action Française", ciudadela del ultramontanismo francés fué el más destempleado vocero de las reivindicaciones y del nacionalismo despiadado y exclusivista. Dolíanse de que en vez de un Presidente de opereta que caía de un tren en bata de dormir, no gobernara a Francia un príncipe de Borbón que acallando al Parlamento tomara más cerrada y más firme la revancha.

El parlamento, el parlamento era débil y se caía de poñido, y atacaron el parlamento. Cuando la campaña de descrédito que habían emprendido contra Rusia se les desviaba e iba a golpearlos, hicieron en torno de Rusia la conjuración del silencio. Fumando su pipa, demasiado inteligente para comprometerse y pensando en sus "business", Inglaterra los dejaba hacer.

Para desviar la acción del pueblo sacaron de una herrería a Mussolini. Sostienen en Italia el teatral fascismo y a pesar de sus culpas de voluptuosidad y concupiscencia han perdonado a D'Annunzio en gracia de su acción nacionalista.

En España, como en otro tiempo Dn. Rodrigo. Primo de Rivera se entregó a la adopción del apóstol Santiago. "Santiago y cierra España" será el lema del Dictador para depurar la Península. Pero seguramente no tocará ni de cerca el problema agrario—el único y trascendental problema que tiene España, de donde surgen todos los demás—porque la Compañía de Jesús posee grandes propiedades en Castilla y Andalucía.

En otros artículos trataremos sobre los instrumentos de la reacción en Latino América.

MARIANO PICON SALAS.

Santiago Octubre 1921.

La Universidad Popular Lastarria a los Obreros

La Universidad de Chile acaba de expulsar de sus aulas a la Universidad Popular Lastarria.

No obstante este contratiempo, que no estaba fuera de nuestras previsiones, los profesores suscritos y también muchos alumnos distinguidos de la Universidad de Chile, que cooperan con nosotros, anhelamos hoy más que nunca, continuar la labor de cultura que nos hemos propuesto.

Declaramos, pues, a las sociedades obreras de Santiago, que estamos dispuestos a satisfacer sus peticiones de cursos o de conferencias aisladas, cualesquiera que sean los locales u horas que nos señalen.—Amanda Labarca Hubertson.—Pedro León Loyola L.—Carlos Vicuña Fuentes.—Santiago Labarca.—Fernando García Oldini.—Roberto Meza Fuentes.—Pablo Neruda.—Eugenio González Rojas.—Alex Varela Caballero.—Oscar Schnacke.—Julio Ortiz de Zárate.—Alfredo Lagarrigue.—Ulises Vergara.—Juan de Luigi.—Mariano Picon Salas.—Pascual Venturino.—Fernando Santiván.—Juan Gandulfo.

TARJETAS POSTALES

Fotográficas de la Casa
Salcedo de Valparaíso



En artistas de cine, siluetas en
negro, desnudos artísticos

Gran surtido en general para saludos

Librería La Novela Ilustrada DELICIAS N.º 737

¡NO OLVIDARSE!

En calzado no hay quien pueda
competir en precios, forma y dura
ción, con el que vende la Zapatería

EL SOVIET
SAN DIEGO 658

NOTA.—Calzado The American Shoe Factory,
se vende a precios de liquidación.

Una pagina admirable de France

ANATOLE FRANCE

Cuando se examinen, en el futuro, los hombres representativos de nuestra época, la personalidad de Anatole France surgirá, abriéndose por la perspectiva del tiempo, como la síntesis más admirable del genio de una raza y del espíritu de una cultura. —Nadie como él, en verdad, ha encarnado con mayor plenitud de inteligencia y mayor pureza de expresión, las virtudes y los defectos de la literatura francesa. —Como Rabelais, como Voltaire, reprodujo el alma tradicional con sus tendencias, sus exquisiteces y sus limitaciones. —Es nacional, es decir, francés, por el arranque de su ironía piadosa, por el amor a las actitudes elegantes y libres, por la agudeza de su dialéctica demoledora y la gracia mesurada de la forma; es universal, es decir, humano, por la intención social de sus escritos, por la fraternal simpatía hacia los humildes latente bajo la corteza de un excepcionalismo atildado y erudito, por la generosidad que se adivina contenida entre la impecable pulcritud de su estilo y la sonrisa indiferente de su filosofía. —Fue un gran artista; alcanzó todas las perfecciones del talento y del gusto; su prosa tiene la ondulante fluidez, la límpida sobriedad de los clásicos y también a veces, su frialdad decorativa; pero las altas exasperaciones de la sensibilidad y del pensamiento, el estallido creador de las pasiones, y, sobre todo, el sentimiento trágico y penetrante de la naturaleza y de la vida, le faltaron en absoluto; no alcanzó al genio. —Penetramos en su obra tranquila dispuestos a la sonrisa y al recreo como a uno de esos jardines versallescos de que nos hablan los poetas cortesanos. —Todo nos dará una sensación de orden, de proporción y de delicadeza; sentiremos la placidez de lo hermoso, el encanto de lo agradable, el deleite que producen las cosas comedidas y justas. —Aún más: lo admiraremos lo amaremos; pero no sentiremos por él esa devoción espontánea y profunda que nos lleva a releer, una y otra vez, con dolciosa insistencia, las páginas de los grandes maestros. —Llegaremos al final de un libro suyo, y de todo, apenas quedarán flotando en nuestro espíritu una imagen feliz, un personaje amable, y la finura de una ironía incomparable. —Nada de esas angustias sagradas, de esas inquietudes turbulentas que tuercen el curso de un destino y cambian el aspecto de una vida; nada de esos rumores extraños que sorprenden al buscador en medio de la "oscura selva" donde el genio encontró la inspiración de sus gritos eternos. —En ocasiones este suave pontífice de tolerancia, este ameno negador de las mentiras sociales y de las ilusiones humanas ocupó la tribuna de los iluminados y habló al mundo de "los tiempos mejores". —Creía, o decía creer en el advenimiento de una humanidad nueva organizada sobre la libertad y el amor fraternal; para prepararla fundó con otros intelectuales franceses el "Grupo Claridad" y aportó sus últimos entusiasmos a la propaganda social. —Hoy, que las fuerzas reaccionarias afirman violentamente en todas partes los privilegios del capitalismo, se hará sentir, como nunca, la ausencia de su palabra y el estímulo de su actitud.

JUAN CRISTOBAL

LOS GOLPES DE ESTADO

El señor Rockstrong, que era un hombre inteligentísimo, no guardó rencor a mi admirable maestro por su sinceridad. Después de servirnos el dueño de El Joven Bacó un buen jarro de vino, el libelista levantó el brazo brindando por el señor abate Coignard, a quien llamó en tono de suma jovialidad: bribón, compinche de los bandidos, apoyo de la tiranía y sostén de la ilustre canalla.

Mi bondadoso maestro correspondió a tanta cortesía con palabras amables, gozoso de brindar a su vez por la salud de un hombre cuyo humor natural no había sido alterado nunca por la filosofía.

—Comprendo—añadió—que las excesivas meditaciones han debilitado mucho mi cerebro; y como no es propio de la naturaleza humana el ejercicio del pensamiento con alguna profundidad, confieso que mi propensión a meditar es una manía poco frecuente y bastante incómoda. Desde luego, me inca-

pacita para toda clase de negocios, porque siempre se tratan los asuntos con estrechas miras y horizontes limitados. Os admiraría, señor Rockstrong, si imaginárais la pobre sencillez de los genios que han transformado el mundo. Los conquistadores y los hombres de Estado que modifican los aspectos del mundo, nunca reflexionan acerca de lo que pueden sentir y pensar las almas que manejan y trastornan sin compasión. Enciérranse completamente, limitándose a la pequeñez de sus enormes planes, y los más sabios abarcan sólo en su comprensión un reducido número de objetos. Tal y como me veis, señor Rockstrong, me sería imposible ocuparme de la conquista de las Indias como Alejandro, ni fundar y gobernar un Imperio, ni siquiera lanzarme a una de esas colosales tentadoras empresas que exaltan el orgullo de un hombre impetuoso. La reflexión me estorbaría desde el primer instante, y al iniciar cada uno de mis movimientos hallaría razones para detenerme.

Luego, volviendo los ojos hacia donde yo estaba, mi bondadoso maestro suspiró y dijo:

—La reflexión es una dolencia devastadora; que Dios os preserve de ella. Dale-vuelta hijo mío, como ha preservado a sus más ilustres santos y a las almas piadosas elegidas por El con una delectación especial para que disfruten las inefables delicias de la gloria eterna. Los hombres que piensan poco, y mejor aún los que no piensan nada, consiguen un éxito feliz en sus negocios de este mundo y del otro, mientras los reflexivos hállanse constantemente amenazados por el desacierto y la derrota en esta vida temporal, y por la condenación en la vida eterna: tanta es la malicia que encierra el pensamiento. Estremeceos al considerar, hijo mío, que la serpiente del Génesis es el más antiguo de los filósofos y su inmortal soberano.

El señor abate Coignard, después de beber un trago de vino, prosiguió en voz baja:

—Por lo que se refiere a mi salvación, no me ha preocupado nunca. No apliqué nunca mis razonamientos a las verdades de la fe. Sólo he meditado acerca de los actos de los hombres y de las costumbres ciudadanas, por lo cual no soy digno de gobernar una insula, como Sancho.

—¡Felizmente!—repuso el señor Rockstrong, riendo—, porque vuestra isla sería un refugio de bandidos y de malandrines, donde los criminales condenarían a los inocentes, en el caso de que allí hubiera inocentes.

—Lo creo, señor Rockstrong, lo creo—replicó mi bondadoso maestro—. Es probable que si yo gobernase otra insula Barataria, sucediera lo que decís. Habéis descrito en pocas palabras todos los imperios del mundo. Comprendo que el mío no sería mejor que los otros. No me hago ilusiones respecto a los hombres, limitándome a despreciarlos para no aborrecerlos. Sí, señor Rockstrong: los desprecio cariñosamente; pero no me lo agradecen; preferirían ser odiados. Se disgustan cuando se les demuestra el más suave, el más gracioso, el más indulgente, el más caritativo, el más humano de los sentimientos que pueden inspirar: el desprecio. Y a pesar de todo, el desprecio recíproco es la paz de la tierra; si los hombres aprendieran a despreciarse con sinceridad los unos a los otros, no se perjudicarían, y vivirían tranquilamente. Los males de las sociedades cultas provienen de que los ciudadanos se estiman con exceso, y de que exaltan el honor como un monstruo sobre las miserias de la carne y del espíritu. Este sentimiento les hace soberbios y crueles. Aborrezco el orgullo, que nos aconseja honrarnos a nosotros mismos y honrar al prójimo, como si alguien de la posteridad de Adán pudiera ser digno de alabanzas. Un animal que come, bebe, ¡dadme de beber!, y ama, es digno de compasión; puede interesar algunas veces y agra-

da sólo de cuando en cuando. Se honra con el prejuicio más absurdo y más feroz; este prejuicio es la fuente de todos los males que sufrimos; es una detestable especie de idolatría; y para asegurar a los humanos una existencia llevadera, sería preciso recordarles su natural humildad. Serán felices cuando conducidos al verdadero conocimiento de su condición, se despreciarán los unos a los otros sin que ninguno sea exceptuado en tan excelente desprecio.

El señor Rockstrong encogióse de hombros:

—Señor abate—dijo—sois un cerdo.

—Me hacéis demasiado favor—adujo el ilustre abate—; sólo soy un hombre, y siento en mí los gérmenes de la torpe arrogancia que detesto, y de la soberbia que impulsa a la raza humana a los duelos y a las guerras. Hay momentos señor Rockstrong, en que me dejaría cortar el pescuezo en defensa de mis opiniones; lo cual sería una insensatez, porque al fin y al cabo, ¿quién me asegura que mis razonamientos superan a los vuestros, indudablemente deplorables? ¡Dadme de beber!

El señor Rockstrong llenó amablemente el vaso de mi bondadoso maestro.

—Señor abate—le dijo—, no estáis en vuestros cabales, pero merecéis mi estimación, y desearía saber lo que halláis de reprochable en mi conducta pública y por qué me combatís, afiliándoos en esto al partido de los tiranos, de los hipócritas, de los ladrones y de los jueces prevaricadores.

—Señor Rockstrong—respondió mi admirable maestro—, permitidme que ante todo lance con indiferencia clemente sobre vos sobre vuestros amigos y sobre vuestros enemigos aquel sentimiento suave que, dando fin a las querellas, nos tranquiliza; permitidme que no estime bastante a los unos ni a los otros para delatarlos a la vindicta de las leyes y atraer suplicios sobre sus cabezas. Los hombres, hagan lo que hagan, son siempre inocentes, y no puedo permitidme, para daros gusto, la malicia de exceptuar al milord canceller que condenó vuestras declamaciones acerca de los crímenes del poder constituido, calcadas en otras de Cicerón. Soy poco aficionado a las catilinarias procedan de donde procedan y me aflige ver que un hombre como vos se ocupe de variar la forma de gobierno. Es la ocupación más vana y más frívola a que puede consagrarse la inteligencia. Proceder contra los que nos gobiernan es una simpleza, cuando no es un recurso para medrar o para vivir. Dadme vino. Pensad tranquilamente, señor Rockstrong, que esos bruscos cambios de Estado que meditaís no pasan de ser cambios de hombres, y si los hombres, en general, son todos lo mismo; vulgares en lo malo y en lo bueno; de modo que reemplazar doscientos o trescientos ministros, gobernadores de provincias, agentes, fiscales o presidentes, por otros doscientos o trescientos, es un trabajo completamente inútil, es limitarse a poner a Felipe y a Bernabé en el puesto que ocupaban Pablo y Javier. En cuanto a cambiar la condición de las personas, como vos pretendéis, lo considero imposible, pues esa condición no depende de los ministros, que nada son; depende sólo de la tierra, de sus frutos, de la industria, de los negocios, de las riquezas reunidas durante el Imperio, del arte de los ciudadanos en el tráfico y en el cambio, cosas que, buenas o malas, no están en manos del príncipe ni de los oficiales de la Corona.

El señor Rockstrong interrumpió vivamente a mi maestro:

—¿Quién no comprende señor abate, que el estado de la industria y del comercio depende del Gobierno, y sólo hay buena administración en un gobierno libre?

—La libertad—repuso el señor abate Coignard—es efecto de la riqueza de los ciudadanos, que se hacen independientes cuando son bastante poderosos para ser

GATH & CHAVES Ltd.

Los más grandes almacenes de Sud América en ropa de vestir para hombres, señoras, niños y bebés. Casas de compras en Londres, París, New York y Alemania

GATH & CHAVES

libres. Los pueblos se toman todas las libertades de que pueden disfrutar, o mejor dicho, reclaman imperiosamente instituciones y garantías para los derechos que con sus industrias han adquirido.

—Toda la libertad proviene de ellos y de sus propios impulsos. Hasta sus ademanes instintivos ensanchan la red del Estado que se extiende sobre ellos. Así podrá decirse que, por muy detestable que sea la tiranía es necesaria, y que los gobiernos despóticos son la envoltura de un cuerpo imbécil y esmirriado. ¿Alguien ignora que las apariencias del Gobierno son como la piel donde se muestra la estructura de los animales sin modificarla?

—Os fijáis en la piel sin interesaros por las vísceras, y en esto demostráis, señor Rockstrong, poca filosofía natural.

—De modo que no advertís diferencias entre un Estado libre y un Gobierno tiránico; y todo eso para vos, señor abate, no tiene más importancia que el pellejo del animal? ¿No comprendéis que los derroches del príncipe y las malversaciones de los ministros pueden, aumentando los gastos, arruinar la agricultura y hacer imposible cualquier negocio?

—Señor Rockstrong: en cada país hay únicamente, para un tiempo determinado un solo Gobierno posible, como un animal sólo puede cubrirse con un pellejo. De donde se infiere que deberíamos dejar al tiempo, siempre galante, como dijo no sé quién, el cuidado de variar los imperios y rehacer las leyes. Trabaja con una lentitud infatigable y clemente.

—Y no creéis señor abate, que es preciso ayudar al anciano que representan en los relojes empuñando una hoz? ¿No creéis que una revolución como la de Inglaterra y la de los Países Bajos produzca algún efecto en el estado de los pueblos? ¿Nó? Merecéis viejo loco, que os pongan el gorro verde.

—Las revoluciones—replicó mi bondadoso maestro—se producen para conservar los bienes adquiridos y no para ganar otros nuevos. La locura de las naciones y la vuestra, señor Rockstrong, consiste en fundar grandes esperanzas en la caída de los príncipes. Al sublevarse los pueblos, aseguran de vez en cuando la conservación de sus privilegios amenazados, pero nunca lograron adquirir por semejante procedimiento privilegios nuevos; menos mal que se contentan con palabras. Es curioso, señor Rockstrong, que los hombres se dejan matar fácilmente por una frase que no tiene sentido. Ajax lo había observado ya en su tiempo. «Creía yo en mi juventud—le hace decir el poeta—que las acciones eran más poderosas que las palabras; pero ahora observo que la palabra puede más». Así hablaba Ajax, hijo de Oileo. Señor Rockstrong: ¡bebamos!

EL EJERCITO

Estábamos en el Puente Nuevo y oímos un redoble de tambores. Era el pregón de un sargento reclutador que, con la mano izquierda apoyada en la cadera, erguise sobre el terraplén frente a una docena de soldados, los cuales llevaban panes y salchichones ensartados en las bayonetas de los fusiles. Un grupo de mozuelos y de chiquillos le contemplaba con la boca abierta.

Atusándose el bigote hizo su arenga.

—No le prestemos atención—dijo mi buen maestro—; sería tiempo perdido. Ese sargento habla en nombre del rey, y no es posible que diga nada interesante. Si os place oír un discurso ingenioso acerca del mismo asunto, entrad en alguno de esos garitos del malecón de la Ferraille, donde los enganchadores alistan a los lacayos y a los palurdes. Dichos enganchadores que suelen ser unos pícaros, tienen fama de elocuentes. Recuerdo haber oído en mi juventud, en tiempo del difunto rey, la más maravillosa arenga en boca de uno de esos traficantes de carne humana, tendero en el valle de la miseria que veis desde aquí, hijo mío. Reclutaba hombres para las colonias: «Jóvenes que me rodeáis—les decía—, seguramente habréis oído hablar de Jauja; es preciso ir a la India para hallar tan afortunado país: allí todo abunda. ¿Buscáis oro, perlas, diamantes? Los caminos están cuajados de ellos: basta con inclinarse para cogernos. Y ni aún eso hace falta: los salvajes los cogen para vosotros. Nada os digo del café, de los limones, de las granadas, de las naranjas, de los plátanos y de mil frutas deliciosas que se crían sin cultivo, como en el paraíso terrenal. Si me dirigiera a mujeres o a niños, podría venderles esas pequeñeces; pero hablo a hombres». Omito, hijo mío, todo cuanto dijo de la gloria; pero creer que igualó a Demóstenes en energía, y a Cicerón en elocuencia. El resultado de su discurso fué

mandar cinco o seis mil desgraciados a morir de fiebre amarilla en los pantanos; tan cierto es que la elocuencia resulta un arma peligrosa y el genio de las artes ejerce su poder irresistible en el mal como en el bien. Agradezco a Dios, Dalevuolta, hijo mío, que no hubiéndoos dado talento de ninguna clase no os expone a ser, algún día, el zote de los pueblos. Se reconoce a los preferidos de Dios, hijo mío, en que no tienen talento; y he observado que la inteligencia, muy considerable, con que me dotó el Cielo, es una causa incesante de peligros contra mi tranquilidad en este mundo y en el otro. ¿Qué sucedería si las ambiciones y los pensamientos de un César invadiesen mi cerebro y mi corazón? Mis deseos no distinguirían de sexos y sería inaccesible a la piedad. Provocarí en mi patria y en otras naciones guerras inextinguibles. Al menos el gran César disfrutaba de un alma elegante y de cierta dulzura. Murió con dignidad apuñalado por sus virtuosos asesinos. ¡Oh día eternamente funesto, en que unos brutos sentenciadores destruyeron al monstruo encantador! Soy digno de llorar al divino Julio junto a Venus, su madre; y si le llamo monstruo es por ternura, porque en su espíritu sereno lo único excesivo era el poder. Tenía un sentimiento innato del ritmo y la medida. En su juventud complacióse igualmente con los atractivos del vicio y con los de la Gramática. Era orador, y la belleza, sin duda, servía de adorno a la sequedad voluntaria de sus discursos. Amó a Cleopatra con la exactitud geométrica que puso en todas sus empresas; selló sus escritos y sus acciones con la brillantez de su genio; fué partidario del orden y de la paz, hasta en la guerra; sensible a la armonía; tan hábil constructor de leyes, que vivimos aún sin dejar de ser bárbaros bajo la majestad de su imperio, que hizo el mundo tal y como es hoy. Ya veis, hijo mío, que no le escatimé alabanzas ni afecto. Capitán, dictador, soberano pontífice, amasó el Universo entre sus hermosas manos. Yo he sido maestro de elocuencia en el colegio de Beauvais, secretario de una cantante de la Opera, bibliotecario del señor obispo de Séz, memorialista en el cementerio de los Santos Inocentes y preceptor del hijo de vuestro padre en el figón de La Reina Patoja; he compuesto un hermoso catálogo de manuscritos preciosos, he redactado algunos libelos, de los que será preferible no hablar, y he formulado en papel de estraza máximas despreciadas por los libreros. Tal como soy, no cambiaría mi existencia por la del famoso César; violentaría demasiado mi sencillez. Prefiero ser un hombre desconocido, pobre y despreciado, como lo soy en efecto, que subir a esa cúspide donde se abren al Universo nuevos destinos por sendas ensangrentadas.

«El sargento reclutador que promete a los miserables que le escuchan un sueldo además del pan y de la carne, me inspira, hijo mío, profundas flexiones acerca de la guerra y del ejército. Yo desempeñé todos los oficios, menos el de soldado, que me inspiró siempre horror y repugnancia por los caracteres de esclavitud, de vanagloria y de crueldad inherentes a él, y que son opuestos en absoluto a mi carácter pacífico, a mi ansia salvaje de libertad y a mi espíritu que, reflexionando acertadamente acerca de la gloria, estima en su verdadero valor la de los moqueteros. No hablo ya de mi funesta e invencible inclinación a meditar, que hubiera sido excesivamente contrariada por el ejercicio del sable y el fusil. De igual modo que no deseo ser un César, es natural que tampoco aspire a ser un Tulipe o un Brin-d'Amour; y no me atrevo a ocultaros, hijo mío, que el servicio militar se me presenta como lo más horrible e inaceptable.

«Por ser filosófico este sentimiento, no considero probable que participen de él muchas personas. En realidad, los reyes y las repúblicas tendrán siempre todos los soldados convenientes para las maniobras y las guerras. He leído los tratados de Maquiavelo en casa del señor Blaizot, en la Imagen de Santa Catalina, donde se hallan completos y bien encuadernados en pergamino. Merecen esa distinción, hijo mío; te aseguro que profeso una reverente admiración al secretario florentino, por ser el primero que presentó los actos de los políticos sin esas razones de justicia en las que sólo fundaron perversidades maliciosamente dignificadas. Ese florentino comprendió los riesgos que su patria corría, siempre a merced de sus propios defensores, y tuvo la idea de un ejército nacional o patriótico. En alguno de sus libros considera conveniente que los ciudadanos contribuyan a la defensa de su patria, siendo soldados todos. He oído sostener lo mismo en casa del señor Blaizot al señor Román, muy escrupuloso, como sabéis, en cuanto se refiere a

los derechos del Estado; sólo se preocupa de lo general y de lo universal, y sólo estará satisfecho cuando todos los intereses privados se sacrifiquen al interés público. Así, pues, Maquiavelo y el señor Román quieren que seamos todos soldados, puesto que todos somos ciudadanos. No afirmaré, como ellos, que sea esto lo más justo, pero tampoco diré que sea injusto, por la sencilla razón de que lo justo y lo injusto dependen sólo del razonamiento, y por consiguiente corresponde a los sofistas decidir.

—¿Cómo, mi buen maestro—exclamé con dolorosa sorpresa—Pretendéis que la justicia depende de las opiniones de un sofista, y que nuestras acciones sean justas o injustas, según lo decida con sus argumentos un hombre ingenioso? No sé como exresar hasta qué punto me sorprende vuestra máxima.

—Dalevuolta, hijo mío—respondió el señor abate Coignard—, tened en cuenta que te hablo de la justicia humana, siempre distinta de la justicia de Dios, y generalmente contraria. Los hombres sólo han sostenido la idea de lo justo y de lo injusto con su elocuencia, que se halla sometida al pro y al contra. Sin duda pretendéis, hijo mío, cimentar la justicia en el sentimiento; pero tened cuidado que sobre tal base sólo construiréis una morada humilde y doméstica: la cabaña del viejo Erandro, la choza donde Filemón vivía con Baucis. El palacio de las leyes, la torre de las instituciones del Estado requieren otros cimientos. La naturaleza, ingenua, no sabría soportar por sí sola su peso incómodo; y esos muros temibles se alzan sobre las mentiras antiguas, gracias al arte sutil y feroz de los legistas, de los magistrados y de los príncipes.

ANATOLE FRANCE

A nuestros lectores

Inconvenientes diversos—que quedan señalados en otro párrafo—y por completo ajenos a nuestra voluntad han impedido la oportuna aparición del número de «Claridad» correspondiente al mes de Octubre.

Hoy, subsanados en parte, lo damos a la publicidad, seguros que la benevolencia de nuestros lectores disculpará este atraso involuntario y justificado.

No es posible, sí, que por ahora continúe apareciendo en la misma forma que se había editado hasta el pasado mes de Setiembre, en vista de que, como ha cambiado completamente el medio social en el cual la Revista desarrollaba su labor de difusión cultural, hemos creído de mayor conveniencia que en lo sucesivo aparezca quincenalmente en lugar de una vez al mes.

Los acontecimientos que en torno nuestro se desenvuelven, y a los que no podemos descuidar o ser indiferentes, reclaman una acción más intensa y permanente.

Inoficioso nos parece decir que esta medida en nada hará cambiar el carácter ideológico de la Revista.

Se trata sólo de considerar más de inmediato los variados y múltiples problemas que seguramente se nos van a presentar.

De consiguiente, «Claridad» saldrá, de aquí en adelante, quincenalmente, de doce páginas y se venderá al precio de cuarenta centavos ejemplar.

El presente número no ha sufrido alteración en su importe, a pesar de constar solamente de ocho páginas, atendiendo a las muchas dificultades que hemos tenido para su impresión, y que el público y nuestros lectores, inteligentes y comprensivos, demasiado bien sabrán explicarse.

—N. de la R.—

He visto jueces integros; pero los he visto pintados en un lienzo.

A. FRANCE.

SASTRERIA CHILE

ALEJANDRO CEPEDA

SAN PABLO 1139 — SANTIAGO

Casimires nacionales y extranjeros.

Materiales de primera.

Precios económicos.

Recibo hechas.